

Pablo Oyarzun · Marcela Rivera

ESCEPTICISMO, LITERATURA Y VISUALIDAD

Marcela Rivera · Rodrigo Vargas · Cecilia Bettoni · Cristina Póseman
Demian Schopf · Felipe Espinoza · Clovis Salgado Gontijo · Jorge
Polanco · Juan Pablo Abalo · Jorge Martínez · Alejandra Morales

ITACION PROVISIONAL



*de San. e de la de Oae. de mnyfay
uch y mude de de de de de de*



Ventana Abierta
EDITORES

\$ isst frumious

Demian Schopf

Se dice que Dios podría crear todo, salvo algo que se resistiese a las leyes de la lógica en el sentido de que nosotros somos incapaces de «decir» que aspecto tendría un mundo ilógico.

Ludwig Wittgenstein

Como la verdadera naturaleza se ha perdido, hay que inventar una sobre naturaleza

José Lezama Lima

I

Introducción

El objeto del presente texto es una lectura comparada entre los retruécanos “*Snark*”, “*frumious*” y “*Jabberwocky*” y dos problemas que se localizan en el *Tractatus-logico-philosophicus*.²⁷¹

El primero de ellos, que comenzaré a examinar en el II capítulo de este trabajo (pero que nos acompañará hasta el final), tiene que ver con la distinción entre “decir” y “mostrar”. Creo que algún eco encuentra esto en la literatura de Carroll.

En la tercera y cuarta parte de este texto, intentaré dar cuenta del segundo problema: confrontaré el retruécano —en tanto bífido (o trifido) ensamblaje— a algunas implicaciones ontológicas que parecen desprenderse de dos “proposiciones” del *Tractatus*: las 2.0211 y 2.0212. Estas, pensadas en relación a la primera proposición de esta obra (“*El mundo es todo lo que es el caso*” [1]) parecieran constituir una furtiva “imagen metafísica” del mundo articulada en torno a la “enigmática tesis de que el mundo tiene substancia”.²⁷² Este ámbito resulta particularmente atractivo, en la medida en que daría pie para pensar a Carroll como

²⁷¹ Wittgenstein, L. *Tractatus logico-philosophicus/Logisch-philosophische Abhandlung* (edición bilingüe con el original en alemán y su correspondiente traducción al castellano). Madrid: Alianza, 1973.

un escritor de ficción manipulando compuestos —y simples— con atributos metafísicos y ontológicos (aunque sea en la órbita del escepticismo, problema filosófico de larga data sobre el cual, por lo demás, no me puedo pronunciar con la debida profundidad aquí: apuesto a que éste, en alguna medida, se ‘muestre’ tal como se muestra el sentido en una oración con sentido). Este es, por supuesto, el límite de este trabajo (que no es un trabajo sobre ontología, o sobre metafísica, sino un ensayo presentado en el contexto de un seminario sobre “Técnicas escépticas del yo en arte y literatura”). Es por ello que he decidido concentrar mis mayores esfuerzos precisamente en eso: la técnica del retruécano en relación a los dos problemas propuestos.

II

Una de las preocupaciones centrales del *Tractatus* parece ser “mostrar” la futilidad circunstancial de “decir” el sentido. Este solo se “muestra” y decirlo obliga a pasar inútilmente por una repetición de definiciones y explicaciones de convenciones sígnicas de algo ya presente en acto cuando uno habla y el otro entiende. Obliga a pasar por la arbitrariedad de una necesidad lógica que formalmente no responde más que a sí misma (es decir que está “vacía” de cualquier sentido que no sea necesariamente tautológico y que diga, por ejemplo, que el signo ‘a’ representa tal sonido²⁷³). Lógicamente, de esto no se desprende la innegable necesidad epistemológica de nombrar —de decir, por ejemplo, “a’ representa un sonido o el numeral ‘1’ representa al número 1”. Sin embargo, como veremos, el sentido de ‘1’ resulta muy difícil de asir del mismo modo que el sentido de, digamos, H₂SO₄.

Pienso que algo parecido ocurre con expresiones como *Snark*.

Por otra parte: la traducción menos precisa para “proposición” es *Satz* (y la más precisa para ésta es ‘oración’). Por lo mismo, de aquí en adelante, salvo casos muy particulares, me referiré a las ‘proposiciones’ como ‘oraciones’. Esta precisión no

²⁷² “A metaphysical picture” y “enigmatic thesis that the world has substance” escribe Ian Proops, cuyo ensayo hemos de utilizar en esa penúltima parte del trabajo: Proops, Ian, “Wittgenstein on the Substance of the World”, en: <http://www-personal.umich.edu/~iproops/>.

²⁷³ Para Wittgenstein el sentido sólo se *muestra* en cada proposición particular, pero no es *decible* sin caer en una regresión potencialmente infinita de figuras lógicas —de formas lógicas indefinidamente engranadas— que posibilitan cada sentido particular en cada proposición particular y lógicamente actual. Así cada ‘sentido’ amerita una aclaración —una forma lógica— y, a su vez, cada aclaración amerita otra y así sucesivamente. Cada sentido, cada forma lógica particular, es un eslabón en una especie de cadena de incontables argollas, isomorfas y diferentes a la vez, cuyos extremos son la oración— y el hecho. El problema de la decibilidad cobra, eso sí, dimensiones completamente diferentes “de la argolla para adentro”.

obedece a una maña, sino al hecho de que en numerosas ocasiones facilita el acceso al sentido del empleo de dicha palabra en este trabajo.

La distinción entre lo que se “dice” y lo que se “muestra” en las oraciones del lenguaje ordinario ha dado lugar a feroces debates entre lectores “resolutivos” y “no resolutivos”.²⁷⁴ En ese contexto —y en esta parte del trabajo— se examinarán algunos aspectos de la “lectura resolutiva” que de dicha distinción hace Cora Diamond.²⁷⁵

Pero antes de entrar en la “lectura resolutiva” de Diamond, quisiera dar un pequeño esbozo de cómo es que en la fuente original —en el *Tractatus*— el sentido se “muestra” en cada oración. Para ello se me hace insoslayable pasar breve revista a la “teoría de la figura” (*Bildtheorie*).

Esta sostiene, a grandes rasgos, que las “figuras” —que las ‘imágenes’²⁷⁶— que nos hacemos de los hechos son “isomorfas”: el mundo es reflejado —“articulado” en la imagen— y ésta, a su vez, reflejada —también articulada— en el mundo: “*La relación figurativa consiste en la coordinación de los elementos de la imagen y de las cosas*” (2.1514). Lo que hace posible este reflejo mutuo es la “forma lógica de figuración” —una especie de ‘calco mimético’²⁷⁷ (*Abbildung*) — compartido por los órdenes que así —en esa lógica de lo especular— asumen las palabras y las cosas. Si escribo H_2SO_4 , los símbolos y los átomos son “isomorfos” en su comportamiento —reducido a los órdenes que, en tal y tal situación asumen sus cáscaras lógicamente animadas: “*La imagen es un modelo de la realidad*” (2.12). Es un modelo de la “realidad actual” —de la “*Wirklichkeit*”— que “en su conjunto es el Mundo” (2.063). Al “decir” la oración algo sobre el mundo, más que “decirse” a sí misma (en tanto construcción lógica) se “muestra” así —y ‘a sí’— isomorfa con el hecho descrito: exhibe el orden que en ella asumen sus constituyentes y que en el hecho que es el caso —la *Tatsache* — tiene a sus exactos duplicados lógicos. La oración simplemente no puede describir simultáneamente el hecho y ‘justificar’ al mismo tiempo la existencia de todos sus constituyentes (especialmente de los “signos simples”). ¿Cómo podría? Esta es, pienso, la lectura más básica de la distinción “decir”/“mostrar”, pero es, me parece, lo suficientemente razonable para no ser disputada aquí y para allanarle el camino a la interpretación de Cora Diamond.

²⁷⁴ A este respecto véase la ya citada ácida polémica entre Peter Hacker y Cora Diamond. Pueden encontrarse copiosos argumentos a favor y en contra en: Hacker, P., por una parte y, por la parte contraria, en: Diamond, C., “Throwing away the ladder: how to read the *Tractatus*”, en: *The Realistic Spirit: Wittgenstein, Philosophy, and the Mind (Representation and Mind)*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 1995.

²⁷⁵ *Ibid.*

²⁷⁶ ‘Imágenes’ es, en mi opinión, la traducción más aceptable para *Bilder*. Tierno Galván, primer traductor del *Tractatus* optó por “figura” en lugar de “pintura”.

²⁷⁷ Aunque sin mantener un vínculo de causalidad física con su referente como los indexicales. El vínculo es lógico, no físico-lógico.

De la 'interioridad' de los nombres —y de las cosas— no puede decirse nada, salvo que 'externamente' “configurada” con otras cáscaras, 'así y asá' —so und so— responden 'solamente' a esa “necesidad lógica” —“bífida” si se quiere— de todo lenguaje: la de estructuras relacionales potencialmente especulares configuradas de tal y tal manera —por una parte— y, por otra parte, la de cáscaras simples para que sirvan como constituyentes de esas estructuras.

Estos son, para el primer Wittgenstein, los límites de lo lógicamente decible, de lo lógicamente pensable y de lo lógicamente representable. En un primer sentido, tendríamos cuestiones de orden metafísico, psicológico, ético, estético y probablemente de muchos otros ámbitos que las oraciones simplemente no son capaces de reflejar diligentemente (aunque algo de eso se “muestra” ahí—por ejemplo en un poema, en una pintura, en un delirio o en el misticismo...). Pero en otro sentido, el que me interesa trabajar aquí, lo que no puede decirse es la razón de ser de un “signo-cáscara” como por ejemplo ‘H’. Por supuesto: puede decirse “el símbolo ‘H’ representa al hidrógeno en tal circunstancia y a un sonido en tal otra”. Lo que no puede decirse es porque esto es así sin decir que, en términos lógicamente relevantes, solamente es así porque se necesita de signos simples para articular signos compuestos que son el fuselaje de las estructuras especulares de Wittgenstein (por lo demás limitadas a la lógica y no a toda la filosofía). Dicho de otra manera: en ese contexto los límites de la decibilidad limitan con la huera epidermis del “átomo lógico”. Dicho metafóricamente: la sustancia del mundo —de ese mundo— está afuera del huevo huero, como intentaré conjugar a partir del III capítulo.

Pero antes...¿qué podría haber adentro de esa cáscara?

Para Cora Diamond no hay nada: “está vacía”.²⁷⁸ Nada hay que 'descascarar', solamente la “necesidad lógica” de símbolos que solemos usar conforme a reglas que definimos libremente (o que han sido libremente definidas por terceros, y en el caso del “lenguaje ordinario” en buena medida por el “uso común”).

Así, las reglas de la lógica del *Tractatus* están por sobre la epidermis de cualquier carcasa. Eso parece relativamente claro. Ahí residen (tanto para “resolutivos” como para “no-resolutivos” cuya verdadera polémica sospecho es otra²⁷⁹).

Toda oración sobre la necesidad lógica “interna” de un símbolo particular es, en el contexto del *Tractatus*, una tautología innecesaria en la mayoría de los casos (salvo cuando se definen reglas). No es *sinnlos* —no carece de sentido—; pero formular esas tautologías, una vez que estamos empleando adecuadamente el simbolismo

²⁷⁸“We throw away the sentences about necessity; they really are, at the end, entirely empty”, Diamond, C. *Op. cit.*, p. 202.

²⁷⁹ Hasta donde entiendo la más áspera de ellas es en torno a sí ‘lo que hay’ entre la introducción al *Tractatus* y la proposición 6.54 es o no es un sinsentido manifiesto o un “*plain nonsense*”.

convenido, constituye un sinsentido —un *Unsin*— circunstancial: “*Pero tautología y contradicción no son sinsentidos; pertenecen al simbolismo del mismo modo que el ‘o’ pertenece al simbolismo de la aritmética*” (4.4611). Esto sería como efectuar una suma empleando el numeral ‘1’ y al mismo tiempo pretender justificar una necesidad que se vuelve evidente al momento de, por ejemplo, formular la “proposición”: $1+2=3$. Sería, también, como escribir “*Snark*” explicando que se trata de la suma de *Snake* y *Shark*.

Hay que señalar que este límite lógico ya fue advertido antes con distintos matices por Frege y Russell (eso sí, en el intento de formular un “lenguaje lógicamente perfecto” proyecto que Wittgenstein remitió a la imposibilidad si dicho lenguaje debía considerar en sus anales al “lenguaje ordinario”²⁸⁰).

En el caso del lenguaje ordinario esto se vuelve particularmente patente (siempre que sus hablantes logren comunicarse mediante oraciones con sentido, lo cual en la práctica suele ocurrir con la suficiente regularidad). Por último: si alguien tiene una duda sobre el significado de una expresión puede acudir a la RAE que, a su vez, lo ‘reenviará’ a un conjunto de expresiones que le permitan individuar el sentido de esa expresión cuyo significado, en mi opinión, no podrá individuar completamente sino es asociándolo al contexto relacional en que ésta le salió al paso: ahí también está anclado su uso.

Desde el lado opuesto: la potencia formal de metalenguajes informáticos como las “expresiones regulares” son un magnífico ejemplo de que no hay ahí necesidad que no sea lógica: ¿qué otra necesidad hay de que un signo como ‘.’ signifique “cualquier carácter que aparezca cero, una o muchas veces”? Lo único que tiene sentido para esas cáscaras es ordenarse —y des-ordenarse— dentro de los hechos referidos.

Para ambos casos (lenguaje natural y “lenguaje formal”): si el (des)orden no se corresponde con un estado de cosas, la oración es circunstancialmente ‘falsa’, si se corresponde es ‘verdadera’ y si la oración describe un estado de cosas que es ficticio, entonces “tiene sentido”, pero no tiene “referencia”. Las oraciones que consideran la participación de Ulises o de Humpty-Dumpty son, de acuerdo con Frege, buen ejemplo de oraciones con “sentido”, pero sin “referencia”. Esto no significa que Ulises no tenga su “residencia” en la *Iliada* —o Humpty-Dumpty en “A través del espejo y lo que Alicia encontró allí”— solamente significa que nunca ha existido en el mundo real (que es el que le preocupa a Frege).

En virtud de nuestro trabajo, no hay que olvidar que, pese a todo, ‘Ulises’ está conformado por cáscaras fonematológicas, por así decir... y estas cáscaras (como le he puesto en honor a Humpty-Dumpty) no son “fragmentos”. No podrían serlo por definición. Son átomos lógicos. No estamos, todavía, dentro del dominio de los

²⁸⁰ Al menos esa es la teoría de Peter Hacker en: “The Rise of Twentieth Century Analytic Philosophy,” en *What is analytic philosophy?*. Hans Glock (ed.). Cambridge: Cambridge University Press., 1997.

fragmentos. Estamos, aún, dentro del imperio de los átomos lógicos articulados. No obstante, como veremos luego, éstos pueden presentarse también des-articulados (por ejemplo en la poesía Dada, en cuyos casos más radicales —pienso particularmente en Kurt Schwitters— simplemente no se puede (aparentemente) individuar significado alguno: “fmsbewe”²⁸¹). Este no es el caso de Carroll.

Veamos un caso intermedio entre, por decir, Frege y Schwitters: si, por ejemplo, Humpty-Dumpty (coludido con la RAE) lograran convencernos a todos de que a partir de ahora 'H' se “dice” y “escribe” '\$', entonces la 'oración' $\$_2\text{SO}_4$ conservaría el mismo sentido lógico que tenía como H_2SO_4 y la *Bildtheorie* se mantendría incólume. Por definición los átomos lógicos no pueden descomponerse ni dividirse. Y 'en efecto': por sí solos 'H' o '\$' no 'dicen' nada —absolutamente nada— y lo que es más importante no reflejan, tampoco, absolutamente nada sobre el átomo de hidrógeno. La inevitable necesidad de “signos primitivos”²⁸² como 'H' o '\$' nada tiene que ver con

²⁸¹ Se trata de una 'expresión' que encontramos en un poema de Kurt Schwitters:

Gedicht

b

f

bw
fms
bwre
fmsbewe
bweretä
fmsbewartä
p
bweretäzä
fmsbewartäzä
p
bweretäzäu
fmsbewartäzäu
pege
fmsbewartäzäu
pegiff
Qui - E

²⁸² Wittgenstein, W. *Op. cit.*:

- 3.25 Hay un análisis completo y sólo uno, de la proposición.
- 3.251 La proposición expresa lo que expresa de un modo determinado y claramente especificable: la proposición es articulada
- 3.26 El nombre no puede ser subsecuentemente analizado por una definición. Es un signo primitivo.
- 3.261 Todo Signo definido designa *a través* de aquellos signos por medio de los cuales fue definido; y la definición indica el camino. Dos signos, uno primitivo y otro definido mediante signos primitivos, no pueden designar del mismo modo y manera. Los

su forma, sino con la posibilidad (lógicamente necesaria) de ser articulados en proposiciones que son ‘útiles’ para las ciencias —naturales, sociales y ‘humanas’—, para el lenguaje ordinario, para el arte y la literatura y ojalá para cualquier otra ‘actividad’ que lograra rebasar, circunstancialmente, el repugnante régimen de las instituciones que se arrojan la capitalización de la actividad estética.

¿Y “*frumious*”? ¿“*Snark*”? ¿Qué relación mantienen con lo fragmentario?

En este punto me atrevería a decir que mantienen un vínculo que no responde exactamente a la necesidad de un fragmento como tal (fragmentado) y en donde la ‘necesidad lógica’ de la que habla Diamond —ventrílocua de Wittgenstein— resulta ser algo así como un ‘utensilio’ para las difícilmente negables necesidades estéticas de Carroll. Quizás hayamos rebasado el colmo de lo lógico en que éste deja de ser solamente un problema ‘lógico-filosófico’ y se transforma en una cuestión formalmente impensable fuera de los márgenes de la estética: los átomos lógicos se transforman en material literario. Hacia el final del texto veremos si la noción de fragmento puede oponerse a la de átomo lógico y si Carroll, en algunas ocasiones, ensambla fragmentos o algo así como átomos con memoria, impensables fuera de la órbita del lenguaje ordinario...

Pero antes, veamos que tan circunstancial puede ser un retruécano: en “*Snark*” la ‘h’ de “*Shark*” es reemplazada por la ‘n’ de “*Snake*” (que no es cualquier ‘n’): “*Snark*”. Aunque redundante, creo no del todo intrascendente señalar la insoslayable ‘consonancia’ que trama a estos dos “percheros”. ¿Se puede traducir esa consonancia? En este fantástico caso se descubre un punto ciego en el *Tractatus*: “*La traducción de una lengua a otra no es un proceso de traducción de cada oración a otra oración, sino la traducción de los constituyentes de las oraciones*” (4.025). Se puede traducir el concepto —“Serprón”— pero no se puede traducir el sentido de la consonancia (si es que lo hay). Como buen escéptico-creyente me atrevería a admitir esto antes de admitir que, quizás el día de mañana, el Sol se ponga en la Cordillera de los Andes.

En un caso parecido, “*frumious*”, la ‘r’ de “*furious*” es antepuesta a la ‘u’ de “*fuming*” —de la cual sólo conserva la ‘m’. La ‘f’ y la ‘u’ son compartidas en forma de ‘fu’. Insertada la ‘r’ queda ‘frum’, al cual se suma el ‘ious’ del furioso adjetivo original.

Un acomodo a lo que venimos esbozando, a propósito de la “distinción decir/mostrar”, parece un asunto trivial: el “*Portmanteau*” siempre se “muestra” en cada caso particular y diferente. Se “muestra” porque cada uno es singular en su dimensión de morfema consonante y objeto semántico, del cual “decir” su consonancia y significado constituye, a todas luces, una redundancia al borde del *Unsinn* (justamente hasta que el “*Portmanteau*” deja de ser un “perchero” y se

nombres no pueden desmembrarse por definición (ningún signo por sí e independientemente tiene una definición).

convierte en un sinsentido lingüístico como los de Schwitters).

Quizás el “balance” al que se refieren Carroll y Oyarzun²⁸³ se localice, en estos dos casos, no tan lejos de las inmediaciones de la distinción “decir/mostrar”.

III

¿Pero donde se localiza entonces este balance? ¿En la memoria consonante de las cáscaras ensambladas? ¿En su particular modalidad estética servida por la existencia necesaria de signos simples engranados en oraciones y expresiones que se localizan en otros mundos lógicamente posibles y “verdaderos”? Más atrás escribí — no sin dejar de pensar en el delirante Humpty-Dumpty— que “la sustancia del mundo está afuera del huevo huero”. Quisiera, ahora, darme la oportunidad de confirmar esa sospecha y, con ese objetivo, volver tendenciosamente sobre el *Tractatus*:

- 2.0211 Si el mundo no tuviera substancia, el que una oración tenga sentido dependería de que otra fuera verdadera.
- 2.0212 En ese caso sería imposible trazar una imagen del mundo (verdadera o falsa).

Pero para contextualizar estas “proposiciones” en “la sustancia del mundo está afuera del huevo huero” quisiera —sin el menor embargo— engranar aquí un argumento de Ian Proops.²⁸⁴ En virtud de la naturaleza de tal engranaje me parece insoslayable señalar que ese escrito, el de Proops, puede ser descargado gratuitamente en el enlace indicado en la correspondiente nota al pie de página (la N^o 14).

Así es como ahí se invierte el *modus tollens* de 2.0211-2.0212:

“Supóngase que:

[1] No hay substancia (no hay nada que exista en todo mundo posible)

Entonces:

[2] Todo lo que existe, existe contingentemente.

Pero entonces:

²⁸³ Oyarzun, P. “El retruécano, a partir de Lewis Carroll” en: *La letra volada*. Santiago: Ed. Universidad Diego Portales, 2009.

²⁸⁴ Proops, I. “Wittgenstein on the Substance of the World“, en: <http://www-personal.umich.edu/~iproops/>.

[3] El que una oración tenga sentido depende de que otra oración sea verdadera.

De manera que:

[4] no podemos hacernos una imagen del mundo (verdadera o falsa)

Pero:

[5] Nosotros nos hacemos tales imágenes.

De manera que:

[6] Hay substancia.”

¿En qué contextos sería posible que el sentido de una oración dependa del carácter verdadero de otra? ¿Cómo imaginar esos contextos —esas circunstancias— en un mundo donde todo lo que existe, existe contingentemente (incluidos los nombres)?

¿Se trata de circunstancias en que la oración es ‘proferida’ —del “contexto de su enunciación”—, de circunstancias en los que dicho valor de verdad es analíticamente determinable? ¿Se trata de una combinación de ambas o de ninguna de las anteriores?

Veamos los dos primeros tipos de circunstancias.

Respecto a la primera —los “contextos de enunciación”— podemos plantear tres experimentos mentales.

El primero está referido a una situación concreta en que el “valor de verdad” de una oración con sentido depende del contexto contingente de su enunciación: alguien, sentado en un botecito cree que se aproxima un “*Snark*”. Ontológicamente, el sentido de la oración dependerá, en tanto verdadero, de la existencia concreta de ese “*Snark*” en esa circunstancia: la afirmación será “verdadera” en la medida en que ese “*Snark*” efectivamente aparezca (y será la oración verdadera que, en un mundo donde todo es pura contingencia —pura posibilidad— otorgue sentido a cualquier otra oración que considere la expresión “*Snark*”). Desde el momento que el “*Snark*” se hace presente la oración “hay un *Snark*” es verdadera y otorga sentido a cualquier otra que aloje al “*Snark*”. Así se cumple el paso [3] y se mantienen las premisas [1] y [2].

Sin embargo, no se puede dejar de señalar que en un mundo como el de [2] “*Snark*” sólo es concebible como indexical —como nombre lógicamente propio que mantenga un vínculo referencial materialmente contiguo con su objeto: debe haber alguien —una especie de mezcla entre Yahveh y Humpty-Dumpty— en ese preciso momento que le ponga ese nombre al compuesto contingente “*Snark*”, para después poder formular toda clase de oraciones con sentido que incluyan esa expresión.

¿Pero qué pasaría si, en relación al mismo problema recién señalado, en lugar de tratar con ese “*Snark*” —que bien podríamos reemplazar por un indexical como “eso”²⁸⁵— tratáramos con nombres ordinarios, que, de acuerdo a la concepción del *Tractatus*, constituyen esencialmente lo que Russell llama “signos incompletos”? ¿Cómo imaginar esos nombres en un mundo como el de [2]? Dicho de otra manera: ¿qué pasaría si la insoslayable ‘oración verdadera’ no estuviera mediada por una experiencia directa de su objeto?

Es el caso del segundo ejemplo: si digo: “mirando a través de mi ventana he visto que Humpty-Dumpty se balancea sobre el canto de mi tapia” y posteriormente un psiquiatra logra determinar que he padecido una alucinación —y que, por lógicamente posible que sea, no existe realmente “Humpty-Dumpty balanceándose sobre el canto de mi tapia”— entonces, de acuerdo al *Tractatus*, más que expresar un pensamiento sinsentido simplemente he expresado un pensamiento que será falso hasta que no se compruebe la existencia “real” de ‘Humpty-Dumpty balanceándose sobre el canto de mi tapia’ (en términos fregeanos y también “tractarianos”). Para este caso se requiere de una “ortopedia modal” si se quiere mantener el contraargumento que niega la substancia. De ella nos ocuparemos un poco más adelante...

Tercer caso: ¿y si el sentido de verdad dependiera de un ‘falla’ del mundo actual de estar referido por un término semánticamente simple? Como ya hemos visto, en la medida en que se descartan, ontológicamente, los simples contingentes (los objetos que constituyen la “substancia del mundo”), el contraargumento tendría que implicar que el nombre semánticamente simple —la cáscara— se refiere a un compuesto. ¿Podría una oración cuyos únicos constituyentes fueran tales términos alojar algún sentido engranable a todo contexto contingente de enunciación?

Un caso ejemplar podría plantearse así: suena el teléfono y al responder en vez de decir “¿Aló?” digo “*Jabberwocky?*”. Claramente, la diferencia —el contexto de enunciación con o sin sentido— la constituye el saber de quién queda forzado a responder a lo que le dije. Una misma expresión puede tener o no tener sentido en virtud del contexto en que es proferida. Es probable que el 99,9% de la humanidad piense que le estoy respondiendo en otro idioma o simplemente profiriendo una cadena de sonidos sin significado (lo cual en virtud de nuestro argumento es exactamente lo mismo).

²⁸⁵ Para Russell los “indexicales” o demostrativos (“*demonstratives*”) como ‘eso’, ‘esto’, ‘tú’, ‘él’, ‘yo’, etc., son los únicos nombres lógicamente propios. Este es, en mi opinión, el sentido de Proops de contraponer el primer ejemplo al segundo y al tercero. Respecto de lo primero véase: Russell, B., “The Philosophy of Logical Atomism”, en: *Logic and Knowledge. Essays 1901-1950*. London: R.C. Marsh, 1956. - Trad. esp. (1965): *Lógica y Conocimiento*.

Si el que una oración tenga sentido depende de que otra sea verdadera, aquí la única oración verdadera podría ser, por ejemplo, la que dice que ‘*Jabberwocky* es... un personaje de Lewis Carroll’.

¿Cómo se genera y no se genera el sentido en los tres ejemplos señalados?

En el primero, el sentido depende de un hecho contingente (la aparición del “*Snark*”). En el segundo depende de una oración que haga ‘verdadera’ al enunciado eminentemente falso de que “mirando a través de mi ventana he visto que Humpty-Dumpty se balancea sobre el canto de mi tapia”. En el tercer caso el sentido depende del contexto en que profiera la oración “¿*Jabberwocky*?” (cuya existencia es, a la vez, tan verdadera —y tan relativa— como la de Humpty-Dumpty).

Pero se puede probar otra estrategia...

Supóngase admitiendo (ahora sí) mecanismos de evaluación modal, que una proposición conteniendo el término simple “*Jabberwocky*” no tiene sentido con respecto a algunos mundos posibles donde “*Jabberwocky*” no existe. Aquí es donde se hace necesaria la “ortopedia modal” de un poco más atrás. Esto parece obvio para “*Jabberwocky*” (sobre todo en el ejemplo donde inoculamos esa palabra). Ahí mismo, la existencia de, por ejemplo, “H-D- $\$$ -*Jabberwocky*” dependería de la verdad de otras oraciones que equivalgan a la existencia de “*Jabberwocky*”. Dicho sea de paso: hemos asumido plenamente lo que dice [3] (pues hemos hecho depender “tener sentido” de “tener sentido de verdad”). Se sigue que si el complejo referido por, digamos, “*Jabberwocky*” no existe, entonces una oración “ $\$$ [*Jabberwocky*]” carece de valor de verdad, de manera que su sentido (equiparado a su valor de verdad) depende de otra oración; a saber: la que constituye a “*Jabberwocky*” como existente (por decir: si “*Jabberwocky*” es la oración de que [h-d $\$$]), entonces la “oración verdadera” —la que le otorga sentido a “ $\$$ [*Jabberwocky*]” — será la que dice que [h-d $\$$]). Así, el paso [3] quedaría demostrado analíticamente.

Al parecer, la viabilidad de los pasos [2] a [3] —de la existencia contingente de todo a la constitución de la oración con sentido sólo por otra que es verdadera — no puede ser demostrada apelando a las circunstancias empíricas de enunciación. Hay circunstancias en donde este enunciado no se cumple porque acceder empíricamente al objeto de la oración verdadera resulta imposible manteniéndose en ese mismo “mundo lógicamente posible”. Se hace evidente que en las circunstancias 2 y 3 necesitamos de “ortopedias modales”.

De manera que si se asume que el mundo tiene substancia, Wittgenstein podría decir —como dice reiteradamente— que los nombres —los “signos primitivos” y simples— son lo que son sólo porque son nombres lógicamente impropios (cáscaras arbitrariamente asignadas y configuradas así y así...). Claramente: la “substancia” no reside de la cáscara para adentro, sino de la cáscara para afuera: está afuera del huevo huero.

Si, por el contrario, se asume que el mundo carece de substancia, de manera que todo es compuesto y contingente no puede sostenerse esa idea y, al contrario, tendría que admitirse que como toda relación entre el nombrar está mediada por la experiencia inmediata del compuesto, posible o no posible, todo nombre, en su radical contingencia, sería, paradójicamente, un indexical: es decir: todo nombre sería un nombre lógicamente propio y empíricamente anclado a la experiencia singular del “interpretante” ...Salvo que equiparemos, como hemos hecho siguiendo a Wittgenstein, “tener sentido” con “tener valor de verdad”...Pero eso nos ha obligado a admitir un “hiato”: el “hiato modal” que mencionamos un poco más atrás.

Revisemos ahora la transición de [3] a [4]. Si se asume la reconstrucción de [3] ello implica una paradójica inferencia de los “hiatos modales” de las oraciones de [3] a la lapidaria conclusión de [4]: “no podemos hacernos una imagen del mundo”.

¿Y ahora qué?

Es aquí donde la evaluación modal reclama, casi por defecto, que es esencial a una oración genuinamente verdadera —pero no para toda oración con sentido— carecer de ese hiato modal. Ahora Proops no puede hacer más que apelar a Wittgenstein: “*La realidad tiene que estar fija en la oración como sí o no*” (4.023). Nótese que es una advertencia estrictamente epistemológica: un asunto es la proposición con sentido y otro lo que Wittgenstein llama ‘oración elemental’ *Elementarsatz*. Por decir: hasta que no se pruebe lo contrario H_2SO_4 — o, $\$_2SO_4$ si se quiere— es un *Elementarsatz*. De acuerdo al *Tractatus*, estas oraciones —las oraciones elementales— son verdaderas o falsas con independencia a las demás oraciones: basta compararlas con los hechos descritos: $\$_2SO_4$. En términos más contemporáneos: una proposición de estas características ha de ser evaluable como verdadera o falsa en todo mundo lógicamente posible (y es por eso que más atrás propuse, amparándome en una argumentación al estilo de Humpty-Dumpty, sustituir la ‘H’ por el ‘\$’). Si digo, por ejemplo, “hay $\$_2SO_4$ en mi laboratorio”, desde luego no estoy diciendo en que lugar preciso está ese $\$_2SO_4$, no obstante, estoy describiendo claramente un hecho determinable como verdadero o falso y también “mostrando” las condiciones “suficientes y necesarias” para que así sea. En ese sentido, la oración en cuestión carece del “hiato modal” que nos ha tenido contra las cuerdas durante las últimas cinco páginas. Cada *Elementarsatz* que tiene un sentido tiene un sentido completo. Hasta una oración indeterminada es difícilmente reducible al sinsentido: “*qué un elemento oracional designe a un complejo se muestra en que se encuentra indeterminadamente en una oración*” (3.24). La cuestión es más bien al revés: esta indeterminación puede reducirse —dividirse— gradualmente hasta el análisis y hasta el punto ciego en que nos encontramos con la pura necesidad lógica de la que habla Diamond (que implícitamente parece sostener que Wittgenstein es un escéptico). Sobre la oración indeterminada como portadora de sentido, Proops (que cree que Wittgenstein es, también, un metafísico que hace ontología) da un magnífico ejemplo: “*It is a commonplace to observe that although*

*the border between, say, India and China is in some places vague, or disputed, it does not follow that there is no border at all. And, consequently, because Shanghai, say, is sufficiently far from the border, we can assert a true and substantive proposition by saying 'Shanghai is in China'.*²⁸⁶

Las repercusiones ontológicas del argumento a favor de la substancia nos sitúan en un escenario en donde si existen objetos necesarios —simples necesarios— existirán también signos simples que los refieran y sean los constituyentes lógicamente necesarios de las oraciones. Si esto es ‘escepticismo’ o “parábasis” por ser rematado por una “proposición” como 6.54 es ciertamente verosímil (pero sólo para quien suponga un lector lo suficientemente miope como para creer que la totalidad de los problemas filosóficos son congénitamente “lógico-filosóficos”). No obstante, igualmente verosímil es que no por ello haya que negar forzosamente que todo lo que está contenido “entre” el prólogo y 6.54, es una delimitación bastante precisa de lo decible del decir (y del pensar que se expresa literalmente) y no un sinsentido manifiesto —“*plain nonsense*” como, por ejemplo, las expresiones poéticas de Schwitters (que, en todo caso, tampoco relegaría al sinsentido en términos absolutos).

Por otra parte, en lo que a la ‘substancia’ se refiere, podemos dividir el argumento de la contingencia versus la substancia en ‘ontológico-metafísico’ y ‘lógico’ lo cual implicaría, secretamente (o no tanto) afirmar que Wittgenstein hace ontología con un espíritu “constructivista” (lo cual lo vuelve a poner en la órbita de cierto escepticismo). Yo me inclino, más moderadamente, por la última oración del párrafo anterior.

De cualquier manera quedaría abierta la cuestión de cómo es que hay isomorfismo entre un *Elementarsatz* como H_2SO_4 y el compuesto descrito —o cómo es que el Sol sale cada mañana por la Cordillera de los Andes ¿Cómo se puede ser escéptico con respecto a constantes circunstancialmente tan concretas sin convertirse literalmente en un extraterrestre, en un solipsista o simplemente en alguien que no va al médico o al mecánico porque nunca se sabe...? Como es de buen gusto no descartar nunca la posibilidad de lo contrario, nos sumaremos a ese hábito, ya secuestrado por una especie de “sobre sentido común”. Como imaginará el lector, responder a eso me resulta todavía más difícil.

IV

²⁸⁶ Proops, I. *Op. cit.*

Dados los dos capítulos anteriores, estamos ahora en condiciones de dar una modesta descripción de cómo se podrían vincular algunas categorías ahí expuestas con la literatura de Carroll.

Lo primero que me atrevería a decir, ciertamente una obviedad, es que “*Snark*” no es un ensamblaje entre *Shark* y una ‘n’ cualquiera: es el ensamblaje entre *Snake* y *Shark*. Digo esto para soportar mi hipótesis de que se trata de dos expresiones que son, también, dos átomos lógicos engranados en uno nuevo (precisamente uno que amerita de un ‘hiato modal’ que es implícitamente proporcionado por la ‘teoría de Humpty-Dumpty’). Este hiato no reside en la esfera lógica de los átomos fonéticos, sino en la de las expresiones simples, que más atrás denominamos “cáscaras”. Por lo tanto, si se asume el argumento wittgensteiniano en pro de la substancia (‘más acá’ de dirimir si fue propuesto con finalidades escépticas o no), podemos repetir: “la sustancia del mundo está afuera del huevo huero”: está en todos los engranajes lógicamente posibles de los cuales Carroll ha seleccionado precisamente el que nos ocupa. Estaría en la posibilidad de que *Snake* y *Shark* entren en relación, pero asumiendo que esa posibilidad —esa contingencia— descansa sobre la anterior existencia necesaria de objetos persistentes y de signos simples que los refieran: *Snake* y *Shark*. El engendro resultante no es nada más y nada menos que un nombre simple contingente, cuyo “hiato modal” lo proporciona, justamente, la “teoría de Humpty-Dumpty”. Ahora bien, particularmente interesante parece la condición “bífida” de estas “dos secuencias de significación”²⁸⁷, pues podría tomarse como indicio de una cuestión que ya se veía venir en los capítulos II y III: las consabidas “cáscaras” tienen una “memoria”, precisamente “modal”, que hace posible que se muestre con sentido el gozne consonante entre serpiente y tiburón. Pero, como bien señala, Oyarzun, no habría que descuidar, tampoco, que “la palabra es la concreta posibilidad de esa dupla”.²⁸⁸ Una vez más, nos encontramos con un sujeto literario capaz de colocarse fuera de la huera epidermis de los átomos lógicos: “pura condición instrumental y vacua”.²⁸⁹ Este carácter foráneo no debe confundirse, eso sí, con algo así como una quimera vitalista (o de no sé qué especie...) que pretenda colocarse absolutamente fuera de lo lógicamente articulado. A un ingenuo de esa calaña bastaría con recordarle que: “*Se dice que Dios podría crea todo, salvo algo que se resistiese a las leyes de la lógica en el sentido de que nosotros somos incapaces de «decir» que aspecto tendría un mundo ilógico.*” (3.031).

Distinto es el caso de palabras que no significan nada, como las de Schwitters o que, mejor dicho, ameritan otro tipo de análisis en vísperas de individuar unos sentidos metalingüísticos y unas ideologías estéticas fuertemente marcadas por la coyuntura histórica de la vanguardia.

²⁸⁷ Oyarzun, P. *Op. cit.*, p. 205.

²⁸⁸ *Ibid.*, p. 205.

²⁸⁹ *Ibid.*, p. 205.

Como lo señala Oyarzun, la borradura de vestigios semánticos —de “cierto convencionalismo asociativo que el signo ha venido a rescatar”²⁹⁰— las instala en la misma orfandad que ya se insinuó cuando Diamond habló de signos ‘vacíos’ que no responden a ninguna necesidad que no sea tautológica; sólo que aquí la tautología está impedida de consumarse por que la cadena de fonemas carece de referencia. Aquí la necesidad lógica “choca” con la necesidad estética. No es, en todo caso, un sinsentido absoluto, en la medida en que la cercanía de algunos percheros con sentido — y de algunas ortopedias modales escondidas ahí— van localizando el término más en la indeterminación que en el sinsentido. Mal que mal sabemos que el “*Bandersnatch*” es “*frumioso*” y que opera en una estructura relacional llena de hiatos, pero que no por eso opera en una cadena de sinsentidos equiparable al “poema” de Schwitters. Pienso que la cuestión del sentido y del sinsentido es difícilmente equiparable en ambos casos. Personalmente, me atrevería a sostener que algunas palabras limitan con las otras de un modo parecido a como lo hacen la India y la China (o la india y la china, si se quiere...).

Lo interesante es que en esa carencia lo que se asoma es el carácter convencional y artificial de los signos simples sin sentido. Astutamente Carroll se instala en un momento anterior a la posibilidad de lo isomorfo. Pero eso sólo es posible si se asume que el famoso *Portmanteau* no es más que un ejemplo paradójico de esta actividad del sentido y del sinsentido, que se debe, hasta en el mundo de Humpty-Dumpty, a la necesidad de “cáscaras” lógicas ontológicamente vacías — cuyo “sentido”, no obstante, reside en la articulación— por un lado, y a la existencia persistente de éstas mismas cáscaras por el otro. Sin esas dos coordenadas, “suficientes y necesarias” no sabría ni cómo ni donde localizar el balance perfecto de la cabeza Carroll ni “el flojo equilibrio en que se sostiene el huevo sobre el canto de la tapia”.²⁹¹ Me parece que éstos dos más bien “ya vienen de vuelta” (lo que los instalaría en la órbita de los escépticos). La lengua bífida —o trífida— parece saber perfectamente que es una “sobre naturaleza” semántica, pues si algo tienen los argumentos de Wittgenstein —y de sus dos intérpretes aquí expuestos— es que basan todo su “poder” en una potencia formal del lenguaje ordinario ciertamente anterior a los malabares semánticos de Carroll y las teorías de Humpty-Dumpty (de lo cual no se excluye, por cierto, que éstos —que a veces parecen uno y el mismo— aplicando “ingeniería en reversa” puedan simular, para nosotros, esta instancia anterior a la proposición articulada con sentido, y como agudamente advierte Oyarzun, aparentar situarse en el momento justo en que se ha de decidir por un sentido o por el otro). El resultado es un engendro bífido, pero, por sobre todo, un sujeto lúdico que hace de los límites de lo lógicamente decible un recurso estético (sin olvidar las implicaciones ontológicas y metafísicas que he tratado de exponer en

²⁹⁰ *Ibíd.*, p. 206.

²⁹¹ *Ibíd.*, p. 203.

el III capítulo y que terminan constituyendo nada más que más y más recursos estéticos).

¿Pero se debe esta “ausencia de elección semántica”²⁹² a un gesto típicamente negativo de detenerse en los límites más inmediatamente evidentes en que se produce la significación, el sentido y el sinsentido (como en el dadaísmo de Schwitters)?

¿O es que el gesto típicamente negativo —vanguardista— podría estar ya contenido anacrónicamente en un arsenal ortopédico mayor?... ni libre ni prieto de metafísica y ontología, pero, a su vez —y por lo mismo— ferozmente diestro en los mecanismos de la lógica, de la lógica modal, de la semántica, de la incertidumbre, de la indiferencia y de la ‘teoría de los espejos’.

Bibliografía

Wittgenstein, Ludwig, *Tractatus logico-philosophicus/Logisch-philosophische Abhandlung* (edición bilingüe con el original en alemán y su correspondiente traducción al castellano por Enrique Tierno Galván). Madrid: Alianza, 1973.

Oyarzun, Pablo. “El retruécano, a partir de Lewis Carroll” en: *La letra volada*. Santiago: Ed. Universidad Diego Portales, 2009.

Proops, Ian. “Wittgenstein on the Substance of the World“, en: *European journal of philosophy*. Oxford: Blackwell, 2004. Este texto puede descargarse gratuitamente en el siguiente enlace: <http://www-personal.umich.edu/~iproops/>.

Diamond, Cora. “Throwing away the ladder: how to read the Tractatus”, en: *The Realistic Spirit: Wittgenstein, Philosophy, and the Mind (Representation and Mind)*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 1995.

²⁹² *Ibíd.*, p. 207.